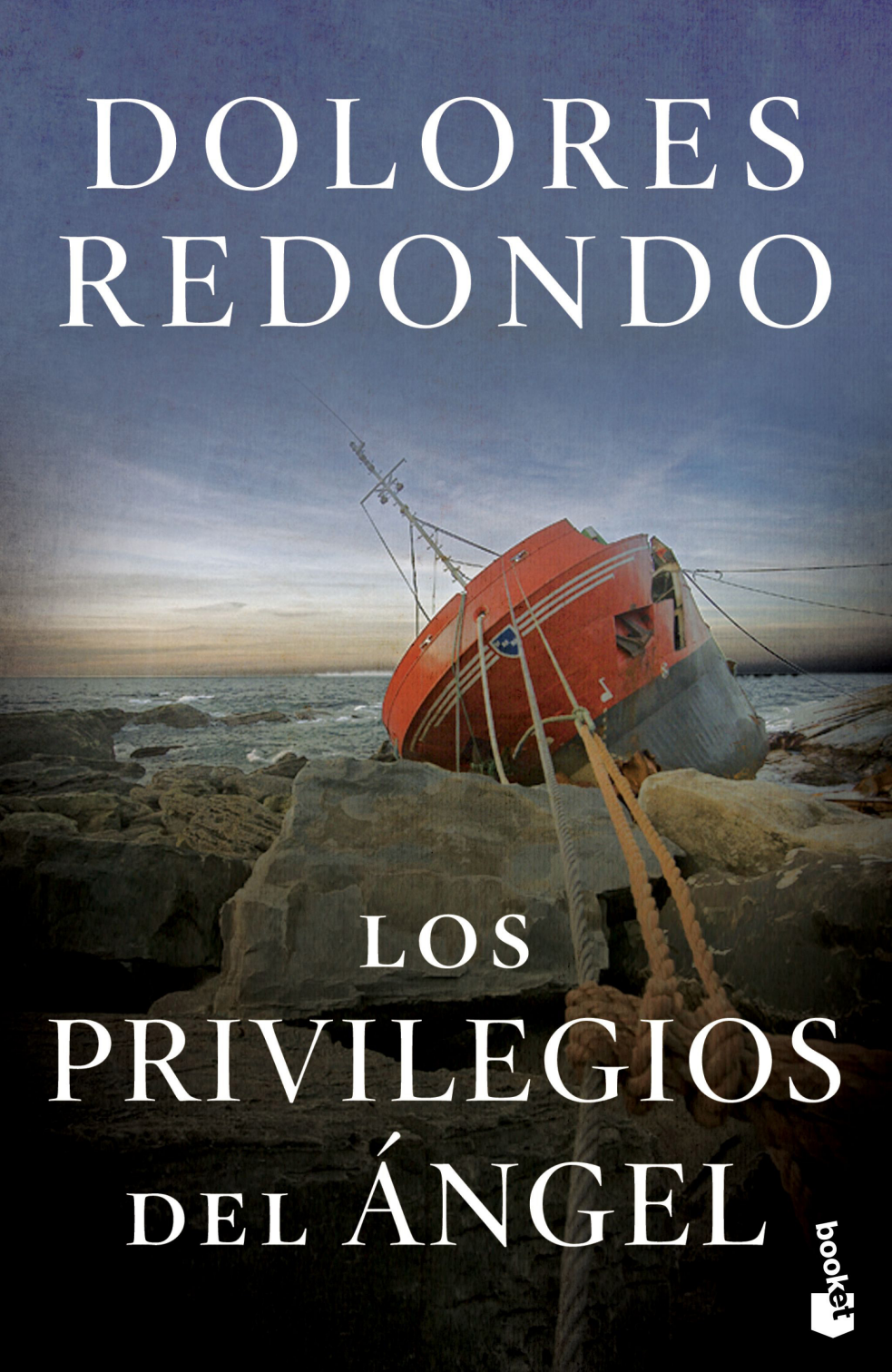


A photograph of a red shipwrecked boat on a rocky shore at sunset. The boat is tilted and partially submerged, with thick ropes tied to it. The sky is a mix of blue and orange, and the sea is visible in the background.

DOLORES REDONDO

LOS PRIVILEGIOS DEL ÁNGEL

Dolores Redondo

Los privilegios del ángel



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Dolores Redondo Meira, 2009
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Mikel Albarran Valle
Primera edición en Colección Booket: enero de 2021

Depósito legal: B. 19.910-2020
ISBN: 978-84-233-5868-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El jardín, 1973

No recuerdo

Entonces

No recuerdo su voz. He intentado un millón de veces volver a escucharla dentro de mi cabeza, pero no está. Recuerdo, sin embargo, el modo en que pronunciaba las erres, casi como ges, como si fuera francesa. Recuerdo sus canciones y su risa de loquita. Pero cuando intento rememorar nuestras conversaciones, nada. Sé que los recuerdos que guardo de cuanto nos dijimos no son del todo reales, que, a fuerza de sufrir su ausencia y desear su regreso, es mi mente la que ha completado los vacíos. En mi memoria, Pakutxa habla con mi voz y usa mis palabras de adulta. Pero cuando la recuerdo sonriendo siempre es ella, y puedo oír la campanilla de su risa.

Pakutxa siempre sonreía. Con sus kikas blancas y afiladas como las de un duende travieso y que para siempre fueron de leche. Sonreía mientras hablaba, mientras jugaba y mientras mentía. Y solo con el tiempo aprendí a distinguir el embuste por el leve temblor que se percibía en su *koko-txa*, como si guardase allí la risa contenida.

Sonrió cuando me dijo «ven conmigo». Yo tendí mi

mano, contenta de ser su amiga, elegida y privilegiada entre los mortales y azorada por la duda y el temor que me provocaba su constante proposición de juego, de aventura. Yo la adoraba y la temía. Su sonrisa embustera se me antojaba encantadora e irresistible como un hechizo al que no me podía sustraer. En aquellos primeros tiempos de conocer a Pakutxa me fustigué ensayando frente al espejo una burda copia de su sonrisa. Pero no llegó a funcionar y tuve que rendirme al comprender que su gesto nacía en un lugar recóndito del alma desde el que en mi caso no podía brotar alegría.

El resto de los niños ya había salido al patio. Yo, como siempre, me había rezagado un poco para poder quedarme a paladear la sensación del aula vacía, el olor de las ceras de colores y la plastilina recogidas en grandes bolas informes. Como siempre me arrebató la sensación de energía desmedida y ajena, casi de hurto al pasar por entre las mesas vacías y acariciar con la yema de los dedos la formica blanca, fría, pero que aún conservaba indeleble la huella de sus pobladores.

En ocasiones hacía una incursión hasta la zona de las ventanas y todo tomaba una perspectiva diferente desde aquel lugar a donde raramente llegaba, pues mi mesa era una de las primeras desde la entrada, justo al lado de los servicios. Sin duda allí tenía grandes ventajas, estaba muy cerca de los percheros, de la vitrina donde se guardaban las carpetas y del semáforo de cartulina con los tres colores de rigor, que, además de servirnos, según la señorita Sotillo, para aprender básica urbanidad y los nombres de los colores, se usaba para indicar con la cartulina roja que el váter estaba ocupado, y con la verde que estaba libre. Nos encantaba el semáforo. Durante los dos años en que estuve en aquella aula, ningún niño olvidó nunca indicar con la correspondiente cartulina cómo estaba el tráfico en el servicio.

Me gustaba mi sitio, allí me sentía cómoda y el ángulo era casi perfecto para observar a todos los demás, pero en ocasiones, cuando hacía mucho calor o la clase olía mal, la señorita Sotillo se ponía en pie y, mientras paseaba entre las mesas como sin rumbo, se dirigía hasta las ventanas y abría una, a lo sumo dos, y eso era suficiente porque eran ventanas inmensas, quizá un poco estrechas, pero la hoja llegaba hasta el techo, y cuando la abría parecía una grieta perfecta arañada en la fachada oscura de la escuela.

Yo sentía algo de envidia de los niños que se sentaban más cerca del ventanal. Los observaba mohína, contemplando cómo la brisa levantaba un poco una cuartilla o despeinaba suavemente el pelo lacio de las niñas, que sonreían absortas en sus pensamientos y ajenas a aquel evento. Sentía celos de aquel aire limpio, frío, que traía mensajes y memorias del exterior; entonces, sin poder evitarlo volaba a casa. Imaginaba a la *ama*, bellísima, sentada en su sillón y sosteniendo entre las manos una novela; la luz entrando a raudales a su espalda se reflejaría en su melena castaña.

Una oscura añoranza por ella me trepaba por el vientre como una bola caliente que me subía al pecho y me ahogaba de su ausencia. Entonces miraba a mi alrededor y la ventana ya no me parecía tan buena, ni la brisa tan fresca, porque sabía que a partir de ese instante se me haría insufrible la espera.

En una ocasión, cuando la señorita abrió la ventana y la brisa me hizo volar, añoré tanto a mi madre que sin darme cuenta comencé a llorar su ausencia en silencio autista, y solo en el momento en que Lucía Sotillo me preguntó qué me pasaba fui consciente de haber estado llorando. No supe qué responder, fue Pakutxa la que dijo:

—Es que le duelen las tripitas.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —preguntó la señorita bastante molesta aunque sin posar apenas sus ojos sobre mí.

—Pakutxa, la cocina ya sabes dónde está, ¿no? —Pakutxa lo sabía todo respecto a la escuela—. Pues acompáñala y que le den una manzanilla.

Se giró y comenzó a escribir en lo alto de la pizarra lo que debía ser la fecha.

Cuando cerramos la puerta a nuestra espalda, me quedé mirando a Pakutxa mientras me secaba las lágrimas con la manga de la bata escolar.

—No me duele la tripa —susurré.

—Claro que no —dijo sonriendo con aquel aire suyo de saberlo todo.

Nos sentamos en las escaleras de acceso al piso superior, donde estaban las clases de los mayores, los de primero y segundo.

Yo no sabía qué decir, supongo que me sentía un poco avergonzada y, de cualquier modo, me negaba a compartir con nadie lo de mis celos de la ventana y todas las sensaciones que me traía el aire frío de octubre. Pero no hizo falta, de pronto Pakutxa se pegó a mí y sus bracitos delgados como sarmiento me apretaron con firmeza durante lo que me pareció una eternidad.

Cuando me soltó se quedó mirándome, me observó en silencio durante un par de minutos en los que yo tampoco aparté la mirada. Cuando habló de nuevo, noté que algo había cambiado en sus ojos, había allí tristeza, una tristeza antigua y ancestral, premonitoria, una mirada que conozco muy bien pues la he visto muchas veces en el reflejo de mis ojos en el espejo con su mensaje de mal agüero que nunca sé interpretar.

—A veces, también me voy a otro lugar solo con pensarlo, a veces... No quiero regresar, y cuando vuelvo, y veo que estoy aquí, también me entra la pena. —Sonrió solo con los labios—. No estés triste —dijo recuperada de pronto—. Ahora yo estoy contigo. —Me miró transmitiéndome la se-

guridad de que así era, de que estaría conmigo para siempre—. Ya verás cómo aquí, en la escuela, hay lugares a los que ir y cosas interesantes que hacer.

Su voz adquirió un tono confidencial, como para darle más misterio. Y así fue. No se separó de mí desde entonces, y aquella promesa cumplida había llegado, con el tiempo, a asustarme tanto como me tranquilizó entonces.